

BOLETIN DE LA

MUSICA

Año I. — Núm. 10 | REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: BASEA, 17, 1.º, BARCELONA. | 31 de Octubre de 1884

SUMARIO:

TEXTO: Ana Judic, por D. José de Olave y Alonso.—
Nuestros grabados.—Una nueva obra digna de cono-
cerse, por D. Manuel Maestro García.—Desde Madrid,

por D. Antonio Peña y Goñi.—Correspondencia de Pa-
ris, por M. Oscar Comettant.—Cuartillas remitidas
por el violoncelista, por D. Eduardo Bertrán Rubio.
GRABADOS: El trovador.—Recuerdo de Italia, cuadro

de A. Echlér.—La tirana recitando uno de sus pape-
les, copia del cuadro de Cabral Aguado y Bejarano.—
Blondel reconociendo la voz de Ricardo Corazón de
León prisionero.

ANA JUDIC.

ANA Damiens, que tal es su apellido, no habiendo tomado el de Judic hasta que contrajo matrimonio el 25 de abril de 1867, nació en Semur (Côte d'Or) el día 17 de julio de 1850. Su padre era empleado en la contaduría del Gimnasio Dramático y su tío M. de Montigny, director del mismo, no siendo por lo tanto cosa extraña en manera alguna que criada, por decirlo así, en la escena, despertárase en ella desde muy niña una grandísima afición hacia aquello que desde su nacimiento había sido objeto de atención para ella, hacia el teatro, sin que fueran bastante á desterrar esta inclinación cada vez más y más creciente, los esfuerzos de su madre, que llevó su oposición hacia la carrera artística á tal extremo, que hizo entrar á la joven Ana en el comercio. Mas á pesar de cuantos recursos hubieron de ponerse en juego, todos fueron á estrellarse contra la firme voluntad de la muchacha que habíase empeñado formalmente en trocar su puesto en el mostrador, por las tablas del teatro, siendo su terquedad de tal naturaleza, que hubo precisión de que cediera la familia y dejara á la pequeña testaruda satisfacer sus inclinaciones. Ingresó pues en el Conservatorio de París por mediación de su tío, y allí estudió música, declamación y canto, consiguiendo de sus profesores no pocas censuras debidas á su desaplicación constante. Todavía no había conseguido ver terminados sus estudios cuando se unió en matrimonio á M. Judic, con cuyo apellido es conocida universalmente.

La circunstancia de su parentesco con M. Montigny hizo que se la permitiera presentarse al público si bien los papeles de cuya interpretación se la encargó fueron tan insignificantes y la novel artista debió poner cuidado tal en su desempeño que fuera de la acogida hecha á su belleza, no logró despertar el menor interés, por cuya causa y no viendo llegar el momento de adquirir el renombre y la fama que esperaba en vano, dejó de formar parte de la compañía del Gimnasio y aceptó una contrata que el dueño del café El Dorado la ofreció señalándole el sueldo de mil doscientos francos mensuales. La Judic atrajo numerosísima concurrencia que acudía al establecimiento deseosa de escuchar deleitándose las *chansonnettes* que salían de la garganta de la ya por entonces renombrada artista, provocando ruidosas aclamaciones de entusiasmo. Muchas, la mayor parte de estas canciones popularizáronse rá-

pidamente oyéndose por todas partes. *La première feuille, Pas ça, les Baisers, Par le trou de la serrure, C'est si fragile, La Cinquantaine, Bon jour, Passarelle, Ne me chatouillez pas, ¡Printemps! Bras des-*

sous, bras dessus... y tantas otras, que fueron conociéndose hasta que la guerra con Alemania hizo cesar la campaña que tan gran éxito había venido sosteniendo la bella artista, quien mientras las hostilida-



EL TROVADOR.

des se sostuvieron permaneció en Bélgica cantando alguna vez á beneficio de los heridos del ejército de su patria, y recorriendo todo el territorio del pequeño reino en medio de los aplausos y de los triunfos más continuados. Al firmarse la paz entre las dos naciones enemigas, volvió Ana Damiens á París contratada por el famoso Offembach que deseaba crear el personaje de la *Princese de Cunegonde* en *Le Roi Carotte*. De esta época data la tercera fase de su vida artística, en la que ha conseguido crearse una reputación europea actuando sucesivamente en la Gaité donde hizo se sostuviera por espacio de 89 noches *le Roi Carotte* que no logró mayor vida á pesar del talento desplegado por madame Judic, en los *Bufos Parisienses*, donde creó el personaje de Molda en *La Timbale d'Argent* que estrenada el 16 de abril de 1872 se presentó 300 noches seguidas ante un público numeroso, tomando asimismo parte en la interpretación de *Le Mouton enragé*, *La Petite reine*, *La Rosière d'ice* y *Le Grelot*, obras todas que sólo tuvieron mediano éxito.

Durante el verano de 1873 volvió nuevamente á Bélgica ejecutando en Bruselas *Daphnis et Cloé* y pasando de allí á Londres donde obtuvo un ruidosísimo triunfo en un monólogo titulado *Mariée depuis midi*.

Vuelta á los Bufos, creó el principal papel de las obras *Madame l'Archiduc*, *La Quenouille de verre*, *Les Parisiennes*, *La Branche cassée*, *Bagatelle* y *La Créole*.

Contratada posteriormente en el teatro de Varietés, en donde hizo su primera presentación con la opereta *La Belle Helene*, estrenó *Les Charbonniers*, y *Niniche* de Heunequin y Millaud, que figuró en el cartel sin interrupción toda la temporada. Siendo las últimas creaciones de la famosa artista Lilli, *La Femme à Papa*, *La Roussotte* y *Mam'zelle Nitouche*, obra esta última que ha elegido para darse á conocer al público de Madrid.

Como se habrá visto en los ligeros apuntes que anteceden, en todas partes donde ha ido Ana Judic ha conseguido triunfos inmensos, aplausos sin número, ruidosas ovaciones, encomiásticas noticias, todo en fin cuanto un artista desear puede para oír su nombre correr de boca en boca acompañado de las más lisonjeras frases, que puede soñar el espíritu más ávido de adulación. Los periódicos llenan sus columnas con artículos laudatorios hasta más no poder, de tal suerte que su lectura hace pensar, si será Ana Judic uno de esos seres maravillosos al lado de los que, toda comparación cesa, y lo más notable queda empujado. Ahora bien: ¿Son justas todas estas alabanzas? La fama de que viene acompañada Mme. Judic, ¿no es una exageración debiendo quedar reducida á más estrechos límites de los que hasta ahora la señalan todos á porfía? Preguntas son estas que con la misma exactitud pueden ser contestadas afirmativa que negativamente.

En primer lugar, preciso es dejar sentado como base que debe ser tenida muy en cuenta, el hecho de que en nuestra patria basta que se anuncie la llegada de una compañía extranjera para que todos á porfía apresúrense á concurrir al teatro donde actúa, haciéndose las más de las veces lenguas sobre sus méritos y ponderando hasta la exageración lo que aún siendo bueno, no reúne títulos bastantes para que haya de colocarse á una altura inaccesible. Somos muy amigos de buscar fuera de nuestra casa, lo que sin salir de ella encontraríamos si fijásemos nuestra atención, y aún mucho más barato y no peor cuando no más bueno. Si la crítica ha de ser verdaderamente tal y no quedar reducida á los estrechos límites de la alabanza, venga ó no venga á cuento si ha de inspirarse, como es condición precisa, en la verdadera imparcialidad, de que nunca hay motivo suficiente para prescindir un solo momento, preciso se hace decir, y decir muy alto que Mme. Judic es una buena actriz eso sí pero no pasa de una regular cantante. Que tiene facultades de primer orden para hacer reflejar en su cara los más opuestos sentimientos, con flexibilidad extraordinaria: que representa á la perfección el personaje: que sabe salvar con su modo de decir las situaciones más escabrosas, haciendo pasar y aún aplaudir frases y conceptos sobrado insinuantes; convenido. Todo esto es verdad: Ana Judic es una gran actriz, y negarlo sería el colmo de la parcialidad y la injusticia. Pero no pasa de este punto: no es como cantante sino una medianía pues á más de que su voz es muy escasa, á más de que su extensión es muy corta, las notas altas sueñan siempre desafinadas y no así como se quiera, con un sonido algún tanto próximo al señalado en la partitura, sí que disonando intensamente. Frasea bien, muy bien, y canta con singular delicadeza, se-

ñalándose en sus movibles facciones los más encontrados afectos. Esto es la verdad en lo que á Ana Judic respecta. Es una actriz de gran valer, pero una regular cantante. Podría ¿quién lo duda? despertar grandísimo entusiasmo entre sus compatriotas: en España Mme. Judic conseguirá ser mimada, festejada, aplaudida, ponderada, por lo que se ha dado en llamar la *crème* de la sociedad, es decir por aquellos que gastan inmensas sumas en sostener un abono en el Teatro Real y que en cuanto el rubicundo Febo empieza á mandar sus rayos más calientes, abandonan á Madrid y España para llenar los bolsillos de los fondistas franceses, suizos, italianos y creo que hasta rusos; pero entre la clase media, entre el público que acude al teatro no para lucirse sino para pasar una noche divertida, gozando con la audición del espectáculo, Mme. Judic será recibida con la galantería proverbial de nuestra tierra, pero no pienso que ha de despertar mucho entusiasmo. Debe asimismo hacerse notar que la compañía de que se presenta rodeada la *etoile des Varietés*, como la llaman nuestros vecinos, está formada por artistas que tienen muy buena voluntad es cierto, que hacen todo lo que pueden, sí, pero... que no pueden más. ¿Será esto cosa calculada para no dejar que la presencia de artistas de facultades, oscurezca ó rebaje la talla artística de la famosa *vaudevillista*?...

Dos palabras para concluir. En España tenemos artistas que valen tanto sinó más que la Judic. Prescindiendo de citar nombres por no herir susceptibilidades al omitir alguno como habría de suceder seguramente. Pues bien. Si hay quien se halle tan mal con su dinero que quiera gastar unos cuantos miles de reales, que forme una compañía, que abra un teatro y que ofrezca á nuestro público un espectáculo semejante al que en el teatro de la Zarzuela está dando la compañía de M. Schurmam, pero con artistas españoles, y hablando como es consiguiente el idioma de Cervantes. Si reúne dos docenas de abonados, y logra dar seis representaciones seguidas, en las que los aplausos no sean sustituidos por las protestas y muestras de desagrado de los escasos espectadores, habrá resuelto el más difícil de los problemas, esto es, el de que en España aplaudamos y estimemos á nuestros artistas.

JOSÉ DE OLAVE Y ALONSO.

Madrid 7 octubre 84.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

EL TROVADOR.

Hoy que el trovador nos aparece rodeado de mil fantásticas leyendas, apenas si podemos conocer de un modo exacto la misión que ese desheredado de la fortuna cumplía errando de fortaleza en fortaleza ó recorriendo las villas y lugares.

Con su canto, divertía en los regocijos, alentaba en la desgracia, enardecía los ánimos en el combate. Para ganar su sustento tenía que limitarse á referir á damas y doncellas las hazañas que había presenciado en la guerra ó las heroicidades de los ascendientes del noble señor que le protegía.

RECUERDO DE ITALIA.

Cuadro de A. Echler.

El asunto de este cuadro impresiona agradablemente á su primera vista. Una niña mendiga que sólo vive de la caridad, reparte un trozo de pan con el que ha de alimentarse, entre las cariñosas palomas que vuelan presurosas, así que la divisan, á formar su cortejo. ¡Qué contraste entre la riqueza representada por la mansión en que descansa la mendiga y el cariño de las aves que viven á expensas de una pobre huérfana desamparada! El cuadro está trazado de mano maestra, con riqueza en los detalles y corresponde á la elevada idea que lo inspiró.

LA TIRANA

RECITANDO UNO DE SUS PAPELES.

Copia del cuadro de Cabral Aguado Bejerano.

Conocido es el nombre de la célebre actriz que figuró á principios de nuestro siglo, *La Tirana*, que reproduce el magnífico cuadro de nuestro grabado. La composición de la obra, perfectamente sentida, la distribución acertada de las figuras, agrupadas con naturalidad y la corrección de líneas de todo el cua-

dro demuestra el talento pictórico de su autor y cuán bien supo dar color y vida á este asunto.

BLONDEL

RECONOCIENDO LA VOZ DE RICARDO CORAZÓN DE LEÓN PRISIONERO.

Ricardo, rey de Inglaterra, por sobrenombre *Corazón de León* fué aprehendido por los soldados del duque de Austria quien lo hizo encerrar en una fortaleza. Blondel, gentil hombre de Arras, se propuso descubrir el encierro de Ricardo y á este efecto comenzó á recorrer Alemania en busca de datos. Al llegar á Duresten, en la orilla derecha del Danubio, supo que en la fortaleza estaba encerrado un ilustre caudillo, y rondando sus murallas escuchó un día la voz de Ricardo que cantaba una trova compuesta por ambos, y contestando la segunda Blondel, se hizo reconocer por Ricardo.

Partió Blondel inmediatamente á Inglaterra en donde descubrió el encierro del rey, y Leopoldo, duque de Austria, al saberlo, lo entregó al emperador de Alemania después de haberlo tenido preso trece meses.

UNA NUEVA OBRA DIGNA DE CONOCERSE

DIFÍCILMENTE pasa día sin que la humanidad reciba nuevas pruebas de progreso en los diferentes ramos del saber, acentuando más la razón por la cual se apellida á nuestro siglo el de las luces.

Las ciencias y las artes, como todos los conocimientos que el hombre pueda adquirir, han existido siempre; sólo que han permanecido ocultos por estar reservados sus descubrimientos á talentos privilegiados.

Iría demasiado lejos si, guiado por la impresión que me ha causado el paso tan gigante que hoy pretende dar nuestro arte, hubiera de anotar las consideraciones filosóficas que de él se desprenden, á la manera como el agradecimiento sigue á la nobleza de acción.

Nuestra siempre querida clase cuenta los triunfos por el número de artistas que abriga en su seno: á la propagación de los conocimientos y adelantos del arte que con tan inimitable celo está haciendo la ENCICLOPEDIA MUSICAL y que tan buenos lauros ha merecido de la prensa nacional y extranjera, hacía falta otro artista que, secundando tan noble pensamiento llevara los conocimientos del arte á las débiles inteligencias de los niños que concurren á nuestros centros de primera enseñanza: no podía permanecer oculta por mucho tiempo la idea, y como manantial purísimo de riqueza ha brotado de la imaginación de uno de nuestros primeros hombres: el maestro de la Real Capilla de San Lorenzo del Escorial, contrarestando las severas composiciones que todos conocemos, ha dado á la luz pública, al mundo ilustrado, el primer paso de tan trascendental pensamiento, publicando en un tomo de cortas dimensiones los conocimientos precisos musicales, para que los niños de primera enseñanza asimilen sus estudios á las nobles aspiraciones de todo el que educa su corazón en las esferas del bello ideal del arte de la música.

Pudiera, tal vez, creerse que un espíritu apasionado hacia las obras del referido Maestro me guiaba á ensalzar lo que hoy conocen la mayor parte de los artistas; no, el talento se admira donde se encuentra, y se ensalza públicamente para ir formando la corona de laurel que ha de recibir como premio á sus trabajos.

La índole del pensamiento se basta por sí solo para abrirse ancho campo en el mundo artístico. Nada hay más en armonía en la educación primera que recibe el niño, que enseñarle los primeros conocimientos de ese arte que enfrena las pasiones y proporciona horas de solaz distracción por medio de la música recreativa, y que nos acerque á conocer la sabiduría infinita, elevando nuestra alma hacia el Sér Supremo, mediante la misma música en su carácter de religiosa. No es esta, ciertamente, la ocasión para demostrar los incalculables beneficios que el hombre obtiene por la posesión de la música, ni tampoco la de hacer ver la prosperidad de una nación cuando educa á sus hijos en el sentimiento noble y desinteresado que proporciona la posesión de tan admirable arte. Perfectamente conocidos de todos son estos resultados, y pocos, tal vez, ignoran que el adelanto de los pueblos está en razón directa con la educación más ó menos artística que reciben.

Una dificultad sugiere siempre que se escribe una obra docente, cual es amoldarla á las inteligencias de los jóvenes á quienes va destinada; pero esta dificultad, que la encontramos aún en algunos textos de enseñanza superior, ha sido prevista y salvada con gran acierto por el Maestro Sr. de Benito en su nueva obra. El trabajo es todo lo completo que se puede exigir dentro de sus cortos límites: está escrito sin pretensiones de ningún género, con lenguaje sencillo y claro: el autor ha empleado la forma dialogada, sin duda por ser la que mejor se adapta á que los niños retengan en su memoria con más facilidad los conocimientos; y es de notar una ligera reforma que hace en la exposición de la doctrina, cual es el figurar que las lec-

ciones de que consta el libro son otras tantas conferencias tenidas hace tiempo por un profesor de instrucción primaria de una de nuestras provincias y un niño que asistía á su escuela; con esta innovación pone en boca del alumno algunas dificultades, que de seguro se ocurrirán á los nuevos artistas y que son de bastante utilidad, porque á la vez les imprime más carácter de confianza para con el Maestro las comparaciones de que hace uso, y las diez láminas que intercala para dar á conocer las figuras, signos, etcétera, de la música, completan la índole de la obra. Puede decirse, con verdad, que llena los requisitos indispensables de una obra docente, destinada á inteligencias poco desarrolladas. La 1.ª enseñanza está de enhorabuena, lo mismo que nuestro arte.

El inspirado Maestro abre con su delicado trabajo una nueva era para la música patria, y es indudable que si en el corazón de los españoles es acogida cual su importancia reclama, la nación deberá un elemento de prosperidad á tan modesto hombre como sabio Maestro: (1)

MANUEL MAESTRO GARCÍA.

Paredes de Nava, 27 de Octubre 1884.

DESDE MADRID.

La cuestión palpitante.—El Teatro Real.—Los abonados disidentes.—El pliego de condiciones.—El arte y el dinero.—El lujo.—Sucesos del día.—Anuncios y suspensiones.—Silencio de la empresa.—El gobernador civil, el empresario y los ex-abonados.—Los Sres. Michelena, Gayarre y Masini.—Los abonados, la prensa y el público.—Un comisario regio.—La cabeza del expediente.—El *Milagro de la Virgen*, en Apolo.—El maestro Chapi y su misión.—Excusas del correspondal.—La Judic y los cantantes italianos.—*Au revoir y addio*.

Sr. D. Antonio Rius y Juliá.

Barcelona.

Qui buen amigo D. Antonio: en verdad que no sé por donde empezar esta correspondencia, si ha de ser todo lo ordenada que las correspondencias periodísticas requieren.

Hay tanto que contar y lo que hay que contar es tan variado é interesante, que á riesgo de faltar á las reglas del método y á las conveniencias retóricas, voy á adoptar el procedimiento de la libertad absoluta, de la anarquía; voy á dejar correr mi pluma á su aire y sin trabas de sistema.

Resultará la epístola desaliñada y poco correcta, pero no tengo yo la culpa de que sean desaliñados y poco correctos, en general, los diversos asuntos de que voy á darle cuenta.

Y sin mas preámbulos, comienzo.

El teatro Real atraviesa una horrible crisis. Si señor, mis profecías se han cumplido; ha comenzado el deshielo. Supongo á los lectores de la ENCICLOPEDIA MUSICAL, enterados de los principales detalles del asunto, puesto que no hay nada que afecte al regio coliseo, que deje de llamar la atención de un modo poderoso.

No entraré, por tanto, en minuciosidades; daré cuenta de la verdadera situación de la empresa en los actuales momentos.

Digan cuanto quieran algunos periódicos madrileños, que pudorosamente los unos y con insensata desfachatez los otros, defienden al Sr. Rovira, el teatro Real ha sufrido una herida mortal, merced á las torpezas y á los desatinos inconcebibles cometidos por la actual empresa.

Los abonados que se comprometieron públicamente á desabonarse este año por la enorme subida de precios, no solamente han cumplido el pacto firmado en el teatro del Príncipe Alfonso, sino que se han constituido en fiscales del Sr. Rovira, esgrimiendo contra sus desafueros la única arma legal que puede cortar los abusos de una manera radical y definitiva.

Me cabe la satisfacción de haber sido el único que, en la reunión del Príncipe Alfonso, recomendé á los abonados disidentes el arma en cuestión: el pliego de condiciones en virtud del cual fué nombrado el Sr. D. José Fernando Rovira director empresario del regio coliseo.

Los abonados ni el público, en general, conocían ese importante documento que impone á la empresa deberes y obligaciones cuya falta de cumplimiento puede traer la inmediata rescisión del contrato.

El Sr. Rovira ha venido hasta ahora haciendo mangas y capirotos del pliego en cuestión, sin que los abonados exhalaran una queja.

No es esto solo. Ya que ha llegado la hora de decirlo, no se me tachará de vanidoso é impertinente

si recuerdo que repetidas veces en varios periódicos madrileños he señalado á la atención del público y del gobierno, las faltas que la empresa del teatro Real cometía constantemente contra el pliego de arrendamiento, sin que una sola voz secundara la mía, sin hallar en parte alguna un eco de estímulo ó de aprobación.

¿A qué obedece hoy la conducta de los abonados? ¿Cómo es que hoy persiguen encarnizadamente á la empresa del teatro Real, precisamente con el pliego de condiciones en la mano, con ese pliego cuya lectura les recomendé en el Príncipe Alfonso y cuyas prescripciones ignoraban probablemente en absoluto?

¿Ha sido cuestión de arte? Ni por pienso. Demasiadas profanaciones artísticas han aguantado sin chistar los disidentes de última hora, para que pueda pensarse en que el arte les preocupa lo más mínimo.

Triste es confesarlo, pero hay que confesarlo, sin ambages ni rodeos. No, no es el arte lo que ha puesto en rebelión al núcleo de ex-abonados que hoy perturba el sueño de la empresa. No es el arte, es el dinero.

Si el Sr. Rovira no hubiera aumentado los precios este año; si hubieran regido los de la próxima pasada temporada, todo el mundo hubiera convenido probablemente en que la compañía escriturada era ideal, ó poco menos, y las cosas no estarían en el estado en que se hallan á la hora presente.

Pero el Sr. Rovira ha creído que Madrid era París ó Londres, y escudándose en los precios que piden ciertos cantantes, ha pretendido justificar su conducta última, sin tener en cuenta que Madrid no tiene la población flotante que alimenta á las grandes capitales como París, ni temporada tan corta como la de primavera en Londres, ni recursos suficientes, en general, para hacer frente á seis meses de estación, mientras da, en cambio, un contingente material de abono con el que no cuenta ninguno, absolutamente ninguno de los más importantes teatros de Europa.

Aquí la cuestión es muy sencilla. El Sr. Rovira ha dicho: la ópera italiana en Madrid es un espectáculo de puro lujo. Pues bien; el que quiera lujo, que lo pague.

—Y el que no lo paga porque no quiere ó no puede es un cursi (*sic*), ha añadido un periódico, acérrimo defensor de los desmanes de la empresa.

Aunque parezca mentira, estoy completamente de acuerdo con las opiniones del empresario. Si; el teatro Real es, en cuanto al abono general, una distracción de puro lujo, un salón suntuoso en que se hace la digestión con recreo de la vista y algunas veces hasta con agrado del oído.

Esto es, en mi concepto, indiscutible, porque si otra cosa fuera, el Sr. Rovira hubiera dejado de ser empresario del regio coliseo, hace algunos años.

Pero el asunto estriba en justipreciar el lujo que pueden permitirse los abonados madrileños, y esto es lo que no ha sabido tasar el Sr. Rovira, cometiendo el error insigne de equiparar al abonado constante y de todos los días, con el público de paso que en otras capitales hace el gasto de los teatros de ópera.

Además, la empresa ha tenido el poco acierto de ir subiendo los precios en cada temporada y llegar á la mayor tensión en los momentos en que el cólera ha paralizado este año casi todos los negocios. La cuerda tenía que saltar y ha saltado, produciendo su estallido una grandísima conmoción.

Hasta tal punto es esto cierto, que hoy mismo, á la fecha en que trazo estas líneas, nada se sabe de positivo con respecto á la inauguración de la temporada. Voy á señalar someramente los últimos hechos, porque revisten alarmantes caracteres de gravedad.

El pliego de condiciones dice que la temporada del teatro Real comenzará precisamente en la primera quincena de Octubre. El Sr. Rovira, creyendo que sería imposible cumplir este año con dicha condición, pidió al ministro de Hacienda una prórroga. Dicen que el ministro la negó, y así debió ser, en efecto, cuando los periódicos que pasan por órganos de la empresa anuncian que la temporada se inaugurará definitivamente el día 15 con *La Africana*.

Llegó el día 15 y no hubo tal inauguración, sino un anuncio fijando para el sábado 18 la apertura del teatro. Y el sábado, en efecto, los carteles anunciaron *La Africana* á primera hora, pero pocas, muy pocas después, un cartelillo blanco decía lacónica-

mente:—Por indisposición del tenor Sr. Aramburo, no puede verificarse la función anunciada para esta noche.

Según mis noticias, el Sr. Rovira dió conocimiento de la suspensión al gobernador de la provincia, por carta particular, lo cual no pareciendo al Sr. Villaverde muy correcto, dispuso que se demostrara en debida forma la indisposición que aquejaba al Sr. Aramburo.

Al mismo tiempo, la Comisión formada por los ex-abonados visitó al señor gobernador, y tales fueron los cargos que formuló contra la empresa, con el pliego de condiciones en la mano, que el señor Villaverde pidió en seguida el documento, con el objeto, sin duda, de proceder á lo que hubiere lugar.

Ayer domingo no hubo siquiera un cartel que anunciase los propósitos del Sr. Rovira con respecto á la función inaugural. Hoy lunes sucede lo mismo. Silencio absoluto por parte de la empresa. Es un hecho, en mi concepto, único en los anales del teatro Real, porque anunciarse la apertura de la temporada oficialmente el sábado 18, suspenderse aquel día por enfermedad del tenor y enmudecer en el acto la empresa sin dar, hasta hoy día de la fecha, la menor satisfacción al público, bien oficialmente por medio de carteles, ó bien particularmente por medio de la prensa, es algo que traspasa todos los límites de la corrección y de la conveniencia.

La procesión anda por dentro, del modo siguiente. Temerosa, sin duda, la empresa de que el reparto de *La Africana* no satisfaga las exigencias de los abonados, en la tirantez de relaciones que entre estos y aquella existe, ha apresurado la venida del señor Masini, que, según noticias, debe haber llegado hoy mismo á Madrid.

Pero ocurre que el señor Michelena hizo hace días un viaje á San Sebastián con el objeto de proponer al Sr. Gayarre su escritura para el teatro Real. Un periódico de aquella localidad dió, con tal motivo, cuenta del diálogo que se cruzó en un banquete entre los Sres. Gayarre y Michelena, é insertó ciertas frases del último que desmentían un famoso telegrama en que el Sr. Michelena calificó al señor Masini de *primer tenor del mundo*, añadiendo el periódico de San Sebastián que el Sr. Michelena había asegurado al señor Gayarre que estaba en manos del verdadero empresario del Real, traer ó no traer á Masini, para la actual temporada.

El diálogo se reprodujo en casi todos los periódicos madrileños, sin que nadie lo desmintiera. Llegó el asunto, como es natural, al conocimiento del señor Masini y parece ser que ahora el apreciable artista se niega á cantar, mientras no se pongan las cosas en claro y ocupe cada cual, ante el público, el lugar que le corresponde.

Entre tanto, como digo antes, nada, absolutamente nada de positivo se sabe sobre el día en que habrá de inaugurarse la temporada. Dícese que será á últimos de la semana actual con la *Favorita* ó *Lucrezia Borgia*, si el Sr. Masini consiente á afrontar el primero las iras del público, volviéndose, en caso contrario, á la *Africana* para que las víctimas sean de menor entidad.

De todos modos, la atmósfera está cargadísima. Los abonados se aprestan á defender su dinero; la Comisión de ex-abonados esgrime sin cesar el pliego de condiciones que se ha convertido para el señor Rovira en verdadera espada de Damocles. La prensa está irritada, con exclusión de los periódicos que defienden al Sr. Rovira *pro butaca lucrando*, y oyense en el público estos sordos rumores que presagian, sin género alguno de duda, grandes tempestades.

La certidumbre de que la empresa no podrá llevar á cabo la temporada es tal, que alguien por lo general bien informado en esta clase de asuntos, me aseguró ayer con toda formalidad que el gobierno estaba decidido á rescindir el contrato con el señor Rovira, en cuanto se produjera el primer escándalo, nombrando inmediatamente comisario regio del teatro al Sr. Duque de Fernán Núñez con plenos poderes para llegar con los artistas á un arreglo que tuviera por base el restablecimiento de los precios que rigieron durante la última temporada.

Consigno este absurdo rumor, como prueba del estado de los ánimos á la hora presente.

Me he extendido á propósito en la relación de los hechos precedentes, porque son importantísimos, dada la entidad del regio coliseo, y porque habrán de formar cabeza del expediente que pronto van á despachar los abonados al gran teatro.

Bueno es tener en cuenta los antecedentes de una

(1) La redacción de este periódico está conforme con el Sr. Maestro García en considerar la obra del Maestro del Escorial como una obra de gran utilidad, y por lo tanto la recomienda encarecidamente á todos los que se interesan por el arte.



RECUERDO DE ITALIA, CUADRO DE A. ECHTLER.



LA TIRANA RECITANDO UNO DE SUS PAPELES, COPIA DEL CUADRO DE CABRAL AGUADO Y BEJARANO.

cuestión á la vista, para juzgar luego de los resultados. ¿Cuál será el final de la contienda? Allá lo veremos. Por mi parte, he de informar leal y desapasionadamente á los lectores de la ENCICLOPEDIA MUSICAL de cuanto ocurra.

Cierro aquí mis informes, para que esta correspondencia llegue á tiempo. Si sucediera algo grave, lo participaré por telegrafo.

Pocas líneas me quedan, amigo D. Antonio, para ocuparme de otros sucesos, del *Milagro de la Virgen*, por ejemplo, zarzuela en tres actos del Sr. Pina Domínguez, con música del maestro Chapí, estrenada recientemente en el teatro de Apolo.

Y sin embargo no quiero terminar mi carta sin decir á V. que el autor de *La Tempestad* y de la *Fantasia Morisca* ha escrito para el *Milagro de la Virgen* una música de todo punto admirable, en la cual á vueltas de algún desfallecimiento provocado por el libro en el acto tercero, se notan la inspiración varonil y el trabajo sólido y hermoso de un maestro que ha dejado de ser esperanza halagüeña, para convertirse en brillantísima realidad.

El primer acto de su última obra es lo mejor que hasta ahora ha trazado la habilísima pluma de Chapí.

La frescura y elegancia de la forma, realzada por la seriedad y la consistencia del fondo, hacen de este acto, en mi concepto, la obra más acabada de nuestra ópera cómica en su más moderna manifestación.

Chapí es indudablemente el llamado á lanzar nuestro género nacional por los senderos que traza el arte de estos últimos tiempos. Domina las dificultades todas de la música, es un compositor viril, serio y honrado en sus principios estéticos, tiene genio y autoridad.

¿Qué es lo que puede ya desear? Poca cosa; una inmensa resignación para soportar las injusticias del Madrid actual entregado á la Judic y á los artistas italianos del regío coliseo; un valor á toda prueba para trabajar por el lustre y el honor del hogar doméstico, cuando todos huyen de él para abrazarse insensatamente al extranjero.

La misión es grande, pero espinosa. Afortunadamente Chapí debe tener conciencia de lo que vale y recabará de esa persuasión las fuerzas necesarias para lo que le pide el arte de su patria.

Basta. Dedicar á Chapí estas líneas cuando la Judic enloquece con sus *peteneras* de frac y guante blanco, y los abonados buscan medio decoroso de pagar al Sr. Masini *setenta y seis mil duros*, es un verdadero crimen.

—*Pardon, cher ami, et au revoir. Madame Judic est partie. C'en est fait de nous!*

—*Addio; carissimo signor Rius. Spero darvi quanto prima buonissime notizie del nostro massimo teatro.*

Diga V. ahora que al terminar esta carta, no me he colocado á la altura de las circunstancias!

Siempre de V. afectísimo amigo y corresponsal

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Madrid 20 de Octubre de 1884.

CORRESPONDENCIA DE PARÍS.

Sr Director de la ENCICLOPEDIA MUSICAL.

París 25 octubre 1884.

SAINTE-SAENS es el héroe musical del momento. Saint-Saens *for ever*, como dicen los ingleses.

El tercer teatro lírico habiendo hallado un director en la persona del tenor Garnier, ha sido por una ópera en cuatro actos de Saint-Saens, poema de Mr. Luis Gallet, *Etienne-Marcel* que la temporada ha sido inaugurada.

Esta obra no es nueva. Fué representada por la primera vez el 8 de febrero de 1879 en el gran teatro de Lyon. Asistí á esta representación que fué uno de los más serios ensayos de descentralización musical que se hubiese jamás tentado. Hoy, después de seis años, habiendo oído de nuevo en el tercer teatro lírico—*Opera populaire*—la obra de Saint-Saens, no tengo nada que oponer á mis apreciaciones bajo la doble relación del poema y de la música. Tomando para hacer el héroe de una gran ópera esta valiente y varonil figura de Marcelo, Mr. Gallet ha respetado el carácter, tanto como podía permitírselo las exigencias de una tragedia lírica. Al lado de la epopeya patriótica se coloca el idilio obligado en toda obra teatral. El preboste de los mercaderes de París—la acción pasa en la mitad del siglo xiv—tiene una hija que inspira un amor ardiente á Roberto de Laris escudero del Delfín, el enemigo político de Etienne-Marcel. El amor de Roberto es correspondido por Beatriz, hija de Marcelo; el preboste descubre este

amor y su odio acrece contra el escudero del Delfín. Este, no obstante, se conduce noblemente y salvará á Marcelo de las manos del furioso populacho vuelto estúpidamente contra el libertador, si el preboste de los mercaderes no fuese por sí mismo delante de la muerte. Antes de precipitarse sobre las hachas y los puñales levantados contra él, el desgraciado Marcelo recomienda su hija á Roberto, «Velad sobre ella, yo os perdono»: la obra de la cual nosotros no recordamos aquí más que las principales líneas, está bien llevada, tiene movimiento y es interesante.

En el momento en que Saint-Saens dió esta ópera á Lyon era su obra capital. Se podía prever fácilmente desde entonces, que había en él, además de un músico de cumplida ciencia y de maravilloso instinto, el temperamento de un verdadero compositor dramático. Sin acusar un estilo personal la partitura de *Etienne-Marcel* lleva el sello de una gran potencia de concepción y las páginas magistrales y de soberbio movimiento son numerosas.

Desde luego es de bellísimo carácter la marcha religiosa que se podía creer de Wagner en sus horas de inspiración. Está escrito en tono de *mi bemol* y suena gravemente en el mediano y el bajo de la orquesta. Durante este trozo sinfónico muy tonal, aunque la cromática juega un papel importante, se ve desfilar el séquito de los delegados de los magisterios de París, de los regidores y de las cofradías. El obispo á quien Marcelo besa la mano, es seguido del capítulo de *Notre-Dame*. El coro vuelve sobre el motivo de la marcha y el obispo canta solo sobre notas solemnes para firmar los derechos del pueblo en nombre de Dios vivo ultrajado por el Príncipe. Marcelo toma á su vez la palabra para trazar elocuentemente el triste estado bajo el cual se halla el país.

Es necesario alabar sin reserva este magnífico recitado, sostenido y fortalecido por una orquesta que hierve como la sangre en las venas inflamadas de este pueblo, invadido por el extranjero y puesto al yugo por un intolerable despotismo. Los conjurados mezclan su voz terrible á todas las voces dramáticas, á todos estos acentos de una impetuosidad y noble pasión, y los sopranos subiendo á contratiempo y cromáticamente hasta el *si bemol* sobre estas palabras: «aquí nadie faltará», produce un efecto irresistible. Pero no acaba aquí esto y el desenvolvimiento musical se produce racional, sabio y entusiasta, hasta al llamamiento supremo «¡las armas!» que removerían las fibras de un gomoso.

En el primer cuadro del segundo acto, el allanamiento del palacio por el pueblo es de un terrible efecto. El tumulto acrece, el pueblo clama venganza, y delante del Delfín mal sentado sobre su trono, Clermont, el primer consejero sucumbe á los golpes de las hachas. El pueblo prorrumpe en cantos de alegría al preboste de París, y baja telón.

El segundo cuadro del segundo acto encierra un dúo de amor entre Beatriz y Roberto cuyo andante, «estilo Gounod» sobre estas palabras: «¡Oh puro éxtasis, instante delicioso!» es una de las suaves melodías que puedan acariciar el oído y el corazón.

El tercer acto, consagrado á la diversión, á la danza, es el más rico en inspiraciones melódicas. ¡Qué franca y juvenil alegría en este coro de estudiantes! ¡Qué atractivo en los motivos de los bailables, sobre todo en la *Pavana*! Después el cortejo de los regidores dirigiéndose á Nuestra Señora, el magnífico conjunto dominado por la voz de Beatriz, á manera de los maestros italianos, produce una sonoridad acre que pone todas nuestras fibras en vibración. Después la multitud se retira y Marcelo queda solo ante sus sombrías reflexiones: «todos han partido, nadie ha vuelto la cabeza, nadie me ha tendido la mano.» Este silencio y este aislamiento después de la grande algazara de la muchedumbre son dramáticas y preparan perfectamente el desenlace.

Este desenlace empieza por así decir con el cuarto acto. La acción marcha rápidamente. Las escenas agitadas se suceden, el tumulto lo invade todo. Beatriz suplica á Roberto salve á su padre; es ya demasiado tarde. Se oyen llegar las cofradías de *Notre-Dame* y Marcelo prefiriendo la muerte al deshonor se lanza sobre sus enemigos puñal en mano. Cae al mismo tiempo que se oyen los vibrantes sonos de las trompetas. Es el Delfín á caballo que hace su entrada en su buena ciudad de París.

Se ha ensalzado mucho en un cierto entusiasmo del mundo musical la ausencia de toda aria, de todo dúo, de todo trío melódicamente concebido, es decir, regularmente recortado en esta partitura de Saint-Saens. Se ha hecho bien si se oye por trozos regulares las melodías sin inspiración y trazadas sobre un patrón usado con procedimientos de desenvolvimiento, llegadas á ser *rangaines*; pero ¿á quién pueden gustarle piezas de este género y siente que no se encuentren en una obra musical cualquiera?

Sería necesario entenderse una buena vez sobre estas apelaciones de aria, de dúo, de trío, etc., y sobre lo que se ha calificado de *verdad teatral* y de *concesiones melódicas* hechas al público. ¿Qué es lo que esto puede decir en su justo límite? En verdad, este miedo que parecen tener hoy los jóvenes compositores de abandonarse á la inspiración musical pura, de donde nacen los cantos que encantan el oído y penetran en el corazón para no hacer *concesión* y no interrumpir un solo instante la marcha del drama, este gran espanto de las arias, de los dúos, de los tríos, de los cuatuors, sería singularmente bufo si se pudiese creerla sincera. Veamos, razonemos un poco.

Todas las artes son de convención, sobre todo la ópera. Esto expuesto, y ya que yo sé que el paisaje bello que se desenvuelve á mis ojos es una tela pintada; que los actores ni hablan ni cantan más que lo que los autores les ha-

cen hablar y cantar; que la escena no es un lugar donde todos los personajes del drama se encuentran furtivamente, y que hace parte de un teatro donde se entra pagando; en fin, puesto que yo sé que todo está arreglado de antemano y sabiamente combinado para placer de los espectadores, y es á la *semblanza* de las cosas que no es necesario pedir nuestras emociones, las más nobles como las más ligeras, la *verdad* ausente por completo en el teatro, debe ser, pues, el menor de mis cuidados.

En efecto, nuestro solo cuidado en el teatro, es de no fastidiarnos y por el contrario de pasar el tiempo agradablemente.

Pues bien, si es verdad que un canto original, expresivo, verdaderamente inspirado, bien desarrollado y bien armonizado musicalmente sea más agradable á oír que un simple recitado, una declamación con acompañamiento de orquesta—y esto me parece incontestable—menos os dará, de esta declamación verdadera *hors-d'œuvre*, más bonitos cantos haréis entender, que sean en solo, en dúo, en trío, etc., y más gustaréis á vuestro auditorio donde la lógica no es más que una vana palabra. Que si me priváis en una ópera, precisamente de lo que hay más agradable en música, la melodía, bajo pretexto de que la *verdad* de la acción dramática se hallaría ofendida, yo creo ó en una chanza ó en una mistificación de la cual yo no quiero ser el bobalicón. Me acude también la idea de que si, bajo el pretexto de respetar la *verdad* en un arte todo convencional, me priváis de las más deliciosas emociones que pueda causar este arte, es que no teniendo de la naturaleza este dón precioso y tan raro de crear y de desarrollar un canto, os separáis delante este preludio respecto á la verdad dramático-lírica para abrogaros el derecho de asumir al individuo lo que nunca está bien.

Pero ¿qué interés puede entonces presentar una pieza cantada de la que se conocen todas las escenas después de una primera audición, para que se sacrifique á la rapidez de su acción la sola cosa por la cual ella pueda durar y mantenerse siempre agradable por el encanto de la música que le acompaña y que es su alma? Y qué, me privaríais de oír un bonito dúo por ejemplo á fin de llegar más pronto á un desenlace que no tiene ningún interés para mí, puesto que lo conozco, y esto para conformaros á la *verdad escénica*? Retirad, pues, bien pronto toda esta falsa música que me irrita, si yo no quiero oír más que la pieza y que me irrita aún mucho más si yo voy á la ópera con la esperanza fundada de oír la verdadera música, la que causa placer. Hay melodías inspiradas en *Etienne-Marcel*. Las hay también y en mayor grado en *Henri VIII*. Yo no veo que en esta última obra de Saint-Saens pueda aparecer inferior al primero, al contrario. Como no comprenderemos que son estas melodías que derraman el mayor encanto y casi el solo encanto en estas dos bellas óperas, y como se encuentra gente bastante enemiga de la música—sin saberlo—para negar que el encanto sea la virtud soberana del arte de los sonidos. Este arte no existiría y no tendría razón de ser sinó estaba destinado más que á vestir con un manto de contrapunto las palabras de un drama cualquiera, sinó obrara—en ciertos momentos á lo menos—en la bella independencia de su vida propia con los principales elementos que la constituyen y que es el más esencial, el más esquisito, el más simpático á todos, es el *canto*.

Las representaciones de *Etienne-Marcel* han sido de pronto interrumpidas en la ópera popular por la bancarrota de su director, el tenor Mr. Garnier.

Ha solicitado de sus acreedores, ha pleiteado, es como si hubiese cantado, para servirme de un refrán francés que dice: «quand il parle, c'est comme s'il chantait.» El teatro cerrado durante dos días, acaba de volverse á abrir con los artistas que quieren explotarlo en sociedad. ¡Pobre teatro y también de ello tengo miedo, pobres artistas! Las representaciones de *Etienne-Marcel* van á continuar con algunas modificaciones en la distribución de papeles. La ejecución era todo lo más pasable; ¿será mejor? Hé aquí lo que os diré el próximo mes.

Hoy 25 de octubre, el instituto de Francia da su sesión anual de las cinco academias reunidas. Aun aquí encontramos á Mr. Saint-Saens quien, representando la Academia de Bellas Artes, sección de música, ha leído lo que él mismo intitula *une causerie* sobre el pasado, el presente y el porvenir de la música. Era bastante para el asunto de una obra en muchos volúmenes; el joven académico lo ha tratado en seis páginas; como él seremos breves.

No hay que buscar en este trabajo ningún hecho aún desconocido de la historia del arte, ningún apercebimiento nuevo, pero sí un sentimiento todo individual. Hablando del presente de la música, Mr. Saint-Saens ha dicho: «si la Alemania triunfa, es posible que la melodía sea, por algún tiempo, relegada al último término. No habría lugar á alegrarse ni á afligirse. El siglo xvi ha podido pasarse de melodía con los solos recursos de la música vocal y de algunos acordes; con mucha mayor razón podría pasarse con el desarrollo que han tomado de nuestros días la armonía y la instrumentación.

El siglo xvi se ha pasado de la melodía y de muchas otras cosas de las cuales no se sabría pasar hoy día, tales como el vapor, la electricidad, todos nuestros descubrimientos modernos, todos nuestros progresos cumplidos en las ciencias morales, políticas y económicas, con las que se aprovecha y se honra á la humanidad. Si la Academia triunfa musicalmente ahogando bajo sus combinaciones polifónicas la melodía que es la expresión de los sentimientos en música y el encanto por excelencia del arte de los sonidos, yo no le tributo ninguna lisonja y me extraña que Mr. Saint-Saens no se regocije de ello ni se aflija. Sería

menester que eso fuese lo uno u lo otro, porque si se quiere la melodía debe afligirse de verla desdeñada y sinó se la quiere debe regocijarse de verla sucumbir bajo el contrapunto y la orquestación á lo Wagner. Mr. Saint-Saens dice aún:

«Lo que los ignorantes en música llaman, no sin desprecio, *acompañamientos*, ó irónicamente *la ciencia* es la carne y la sangre del arte musical, es su sustancia simplemente.»

En buen hora, pero con la carne y la sangre es necesario el espíritu, es necesario el alma, y el espíritu, el alma de la música, es la melodía. No hay más que los desgraciados idiotas que sean cuerpos sin alma, y la música sin melodía es el arte materializado, es la combinación de los sonidos más ó menos felizmente calculados, lo que no puede ser la expresión espontánea de un sentimiento, de un ideal poético. Con buenas carnes y buena sangre, sin el espíritu en el sér viviente, como en la composición musical, pueden satisfacer á los materialistas de la belleza plástica y de la ciencia del contrapunto, no satisfacen jamás por entero á los espiritualistas del arte. Mucho nos han sorprendido las conclusiones de Mr. Saint-Saens y de las ideas que él se hace del porvenir de la música; es en el empleo de los cuerpos de tono que el célebre músico ve este porvenir, que por lo demás juzga deber estar lejos de nosotros.

«Entonces nacerá otro arte: el arte actual será como una lengua muerta en las obras de arte que subsistan, pero que no se hable más. Lo que sería este nuevo arte es imposible de preverlo, porque si se nos apareciese súbitamente, seríamos tan incapaces de apreciarlo como un chino de comprender una sinfonía de Beethoven.»

Esto no es más que un sueño de la inspiración del compositor que no debe ignorar que se han hecho ensayos de instrumentos por cuartos de tonos.

Estos instrumentos no sostenían el acorde un cuarto de hora. Halevyh ha probado, sin el menor éxito, en el Conservatorio, hace unos 20 años, de hacer oír al público, quien no ha comprendido nada, una suerte de cantata griega por cuartos de tono que se parecía á maullidos de gato. Y ¡qué vendría á ser nuestro sistema tonal, de donde ha nacido la armonía, con gammas por comas!... Mr. Saint-Saens está más en lo justo con la verosimilitud de los acontecimientos futuros, cuando dice:

«A una fase de polifonía excesiva,» —la que tendría por resultado ahogar la melodía bajo el contrapunto, — «sucederá sin duda una reacción en el sentido de la simplicidad. La historia del arte, bajo todas sus formas, está allí para establecerla.»

El porvenir del arte está, en efecto, muy verosímelmente en la simplicidad, en la vuelta á la melodía pura que cuando es original, verdaderamente inspirada, no sabríamos repetirlo bastante es la más deliciosa expresión de un arte esencialmente sentimental.

En París estamos en plena actividad musical. Los grandes conciertos de orquesta del domingo han vuelto á emprender sus trabajos, sin alteración en su organización, excepto que Benjamín Godar, el joven y ya célebre compositor ha sucedido á Mr. Pasdeloup en la dirección de los conciertos populares del Circo que han tomado con Godar el nombre de *Concert moderne*.

El teatro Italiano después de una brillante mañana musical y literaria, dada en provecho de las familias víctimas del cólera en Francia y en Italia, ha abierto sus puertas hoy sábado 25 octubre con la *Lucia* de Donizzetti, para los debuts de la célebre Mme. Sembrich, nacida en Polonia como se sabe.

No se sabría imaginar una artista más cumplida como esta *Diva* que me ha trasportado por la magia del recuerdo al bello tiempo del teatro Italiano en París, hace de ello algunos años; jamás cantatriz alguna fué dotada más favorablemente por la naturaleza, y jamás el talento tan múltiple de la cantatriz teatral no pareció más completo, más acabado en todas sus partes que en la Sembrich. Su voz de una finura maravillosa, muy extensa, llena y sonora en todos los registros, es de un timbre vigoroso y encantador á la vez, á tal punto, que no sabría decirse. En la aria de la *fuente* —un aria difícil é ingrata —ha hecho un milagro, y por lo tanto, ella se ha remontado á gran altura en la escena de la *locura*; la sala, al fin, no pudiendo más se ha levantado como movida por un resorte para aplaudir y gritar: *ibravo! ibrava! admirable!* y llamar hasta seis veces consecutivas, á esta artista sin par.

En cuanto á los otros papeles han parecido pálidos cerca del sol y parecían ayudar la misa que sólo la Sembrich oficiaba. La orquesta y los coros bien. El segundo papel con el cual aparecerá la gran artista, es el de Rosina del *Barbiero de Sevilla*, este viejo barbero, siempre cómico y encantador, gracias á la melodía que abunda por todas partes, franca, alerta, graciosa y admirablemente escénica. ¡Ah! ¡Rossini!...

Ved en los *bouffes-parisiens* una opereta nueva, que me temo permanecerá poco sobre el cartel de anuncios. Se llama *Le Chavalier Mignon*.

Se arrebató mucho en esta pieza, sólo el público no sale arrebatado. Ante todo es el rapto de Mlle. Eulalie en 1777 por el vivarcho marqués de Vadoré, el cual abandona su víctima, habiéndola hecho madre de un adorable niño, nacido tres meses solamente después de la primera visita del marqués á la inocente Eulalie...! Cuarenta años más tarde, el marqués ya viejo, feo y reumático, casa con el más bello palmito de 17 años que haya podido entrever en sus sueños de color de rosa. Apenas el matrimonio ha sido

celebrado, que la pequeña marquesa se hace robar por el caballero Mignon, el cual para llegar á este fin se ha disfrazado de camarera. La marquesa ha sido robada aún antes que Vadoré haya tenido el tiempo de hacer valer, cerca de ella, sus legítimos derechos de esposo. Y es tanto más, cuanto la marquesa es su propia hija. ¡Horror! Para dicha, la joven esposa, un poco distraída por naturaleza, había olvidado de firmar el contrato. Ella se casará de veras por esta vez, con su caballero, y Eulalie, —en griego «quien habla bien» —hace comprender al viejo Vadoré que él la debe una reparación y que es necesario dársela al instante.

La música de Mr. Wenzel no es más que una retahíla de galops, de polkas y de walses, de walses sobre todo, orquestados sin relieve, pero ruidosamente. Cuando no se tienen ya veinte años y no se patalea ya con esa especie de cosas en un salón, con una mujer bonita en los brazos, no se les escucha un cuarto de hora sin tener ya bastante.

Hay no obstante algunos pequeños trozos menos camorristas y más melódicos en esta partitura, y yo citaré un bonito trío de mujeres, coplas cantadas por Mme. Montbazon, y un aire bufo muy bien dicho por Mauze. Madame Paola-Marié —vuelta de América —se ha hecho también aplaudir en una especie de rondó. Con estos excelentes artistas es necesario nombrar á una joven debutante, mademoiselle Deval, que yo he encontrado encantadora, distinguida, fina, diciendo bien y cantando mejor. Mlle. Deval me parece destinada á tomar rango en la constelación de las estrellas del cielo de la opereta.

Esto es todo, si yo añado los debuts en la *Opera comique* de Mlle. D'Adler en el papel de Mignon de la ópera de Ambrosio Thomás. Mlle. D'Adler ha obtenido éxito.

OSCAR COMETTANT.

CUARTILLAS

REMITIDAS POR EL VIOLONCELISTA. (1)

(CONTINUACIÓN.)

XXXII.

Llegué á casa y me tendí ó me dejé caer sobre mi fementido catre, todo maltrecho y mohino además.

Durante el ensayo no había dado pié con bola, y hube de aguantar más de dos y más de tres reprensiones y llamadas al orden del director, asaz merecidas, porque mi atención andaba á cien leguas de la *particella*, y mi brazo tembloroso manejaba el arco sabe Dios cómo, y mis dedos engarabados por el espasmo pisaban las cuerdas desatinadamente.

Estaba visto que mi sistema nervioso era archi-excitado, y que no podría nunca soportar con aplomo y serenidad ni aun las emociones amorosas retrospectivas. Este defecto, esta *mala encarnadura moral* mía, me indignaba conmigo mismo y sacábame de mis casillas. Haciendo uso del *derecho de pataleo*, me revolqué sobre los guijarreños bodeques de aquel colchón, *que por lo sutil parecía colcha*; gimoteé como un chiquillo acosado de dolor de muelas; me tiré de los pelos, y di no sé cuántos rodillazos y codazos contra el tabique del cuartocho.

Semejantes desahogos inútiles, pueriles y contraproducentes, porque en vez de calmarme sobreexcitaban más mi atrabiliario humor, atrajeron á mi aposento á algunos de mis camaradas de pupillaje.

Entró primero el aprendiz de médico, ganoso acaso de ensayar en mí sus bríos terapéuticos, y tras él Arturito y el telegrafista; y á poco sobrevino también el teniente prestidigitador.

—¿Qué demonios tienes? ¿Qué víscera se te ha desvenecijado, qué huesos se te descoyuntan, ó qué función se te ha salido de quicio?

—¡Cecilio!... ¿Qué es eso? ¿Alguna acerba pena aqueja y tortura tu dolorido espíritu, ó es la materia acaso la que prosaicamente sufre? Pero.... por Dios, hijo, no tomes esas actitudes tan poco estéticas.

—Veámos, señores, veamos ante todo que tal está el aparato receptor de este mozo; que alguna avería grave debe de haber en la pila ó en la línea, cuando tan descompasadamente manipula.

—Idos al cuerno, exclamé encolerizado; que todo lo habéis de echar siempre á broma, y no estoy yo ahora para templar gaitas.

—Si dijeras que no está el alcázar para zampañas, ó que no está la Magdalena para tafetanes hablaras con más propiedad; pero nunca estarías en lo justo, ni mucho menos en lo cortés, mandándonos al cuerno, palabra mal sonante, inarmónica, difícil de rimar....

—Pues os enviaré á freír espárragos, si lo preferís, pero dejadme en paz.

(1) Véase el número anterior.

—Tampoco es admisible aquel horroroso esdrújulo y desabrido vegetal, y protestamos en nombre de la amistad y de la....

—Calma, calma, paisanos, interrumpió el teniente; mientras yo me volvía de cara contra la pared y me apretaba de narices en la almohada, bien resuelto á no hacer caso á ninguno de mis visitantes.

—Vaya, chicos, saltó el Galenillo; dejadme que le examine, le explore y le reconozca *secundum artem*; que algo patológico ocurre aquí; y no deben tratarse de burlas, sinó muy en serio los casos clínicos. Cecilio, ponte en decúbito supino, dame el pulso y saca la lengua.

Volví á rebelarme, á patear y á contestarles malamente.

—¡Hola, hola!... ¿esas tenemos? Señores, añadió volviéndose hacia los amigos, y adoptando el tono enfático de un profesor que se dirige á sus alumnos; señores, observen ustedes: subdelirio, agitación suma, incoordinación de movimientos, cara vultuosa, ojos saltones... No hay que chancearse: esto puede ser grave; quizás las meninges...

—¡Ea! déjese V. de barbarizar, exclamó el teniente; menos terminachos médicos y vamos al objetivo de la maniobra. Este chico no está bueno; algo le ha pasado, algo le duele, y no las tripas.

—Pues, hombre de Dios, eso es lo que la ciencia va á averiguar; y ya he comenzado por decir que no son las tripas, sinó las meninges el órgano afecto.

—Y ¿qué es eso de las *minijes*? Con ese vocabulario enrevesado, no hacen ustedes más que embrollar las cosas más sencillas y ¿para qué? Para nada; para matar sanos, hablándoles latines.

—Oiga V., compadre; hay que retirar la indirecta. Yo no mato todavía á nadie, ni en latín ni en romance, porque aún no poseo el diploma que ha de autorizarme para ello. Cuando lo tenga, lo que mataré (no niego que probablemente mataré algunos), lo que mataré serán enfermos. Los verdaderos *matasanos*, son ustedes, los de la charrasca, los defensores de todas las tiranías, los....

—¡Cállese V., voto á la laureada de San Fernando, señor cataplasma, ó vive Dios que le meto mano y le apabullo! gritó el militar ya medianamente montado en cólera.

—Qué me ha de meter V., hombre, qué me ha de meter V. —Lo que se meterá V. es la lengua en...

Sin dejarle terminar la frase, asió el otro de la única silla que había en el cuarto y la enarboló con gentil traza de estrellársela en la cabeza al alumno de San Carlos.

Terciaron y se interpusieron el poeta y el telegrafista, y hasta yo salté del catre y me arrojé á evitar la inminente descalabratura y á contribuir de buena fe á apaciguar aquella tempestad que tan mal cariz presentaba.

Y con los buenos oficios de todos se consiguió calmar los soliviantados ánimos; pero, como el campo donde operábamos era tan exiguo, sucedió que al bajar el teniente la enarbolada silla, no acertó á hacerlo con todo el desembarazo y regularidad de movimiento que deseara, y una de las maldecidas patas del mueble cayó á plomo sobre el caballete de mi pobre nariz que ninguna culpa tenía en la contienda; con lo cual comencé á sangrar por entrambos caños y á gruñir y á quejarme, como ya se deja suponer, mientras las dos manos me parecían pocas para apretarme la parte lesionada convertida en trompa por obra y gracia de la susceptibilidad de un estudiante, de la cólera de un militar, de la impertinencia de amigos oficiosos, de la estrechez del local y de mi malaventura de siempre.

No hay mal que por bien no venga, suele decirse, y entonces resultó confirmado una vez más lo verdadero del refrán, porque mi sangrienta avería nasal vino á ser á modo de iris de paz que puso aquello como balsa de aceite. Debo hacer justicia á mis amigos: todos á una se apresuraron á socorrerme, aunque no sin la chacota y el barullo con que acostumbraban á hacerlo todo.

—Agua, agua; una jofaina con agua y vinagre; gritaba desde el corredor el telegrafista.

Teodorito, pálido y trémulo al ver cual fluía la sangre y formaba charco en el pavimento, procuraba no obstante hacer de tripas corazón, y me sostenía con mejor voluntad que buen acierto.

El teniente, no hallando á mano tohalla (porque era muy frecuente que no la hubiese en mi cuarto), arrebató una de las sábanas de la cama y empeñábase en aplicármela no sé de que manera; pero en realidad embrollándose en tanto trapo muy contra mi gusto, y enredando el resto entre los piés de los demás y de él mismo; de suerte que aquel proyecto de vendaje monumental venía á resultar

molesto para todos y perjudicial para mí, pues amenazaba asfixiarme sin tomarme la sangre.

El médico en ciernes fué, por derecho propio, quien se apoderó del mando y puso orden en las maniobras.

—¡Silencio, profanos! Esto es un traumatismo beneficioso; una rinorragia salvadora; nada, pues, de cohibirla, empíricos.

—Pero, hombre; ¿ha de admitir el pobre Cecilio como *beneficioso* semejante desperfecto, y hemos de consentir que se desangre?

—Hombre, repliqué yo con voz de oboé; si te parece así, le daré las gracias; pero me duele mucho.

—Mejor: depleción y revulsión todo en una pieza.

Llené una jofaina, ensucié dos ó tres pañuelos, la sábana (que no estaba muy limpia), un par de calcetines que hube á mano, y media docena de puños desplanados que yacían sobre mi maleta. Al fin, cuando á Calixto le pareció que estaba á salvo de la amenazadora congestión, me dieron una ducha de agua fría sobre el pescuezo que me coló á lo largo del espinazo hasta los talones, y que me puso

Sea que, en efecto, la pérdida de sangre contribuyera á mi alivio físico, sea que la blandura natural de mi condición no permitiera que durase más el anterior estado de efervescencia, ello es que me sentí calmado... y hasta débil. Y hubiera conciliado un sueño reparador, que buena falta me hacía, á no mantenerme desvelado el maldito dolor de las narices. Pasé, pues, casi toda la noche de claro en claro; y buscando algún consuelo á mis cuitas, cedi á las cariñosas instancias de Teodorito, que ya tengo dicho que era mi compañero de camarote, y le referí



BLONDEL RECONOCIENDO LA VOZ DE RICARDO CORAZÓN DE LEÓN PRISIONERO.

—Silencio vuelvo á decir, hermoso Teodorito.

«¡Guay se ti sfugge un motto!»

—¡Caramba!.. hagamos algo; exclamó el teniente. A ver, dos cuartos bien apretados sobre la frente.

—No; mejor es una llave en la nuca.

—Fuera, fuera de ahí con vuestros ridículos hemostáticos. Repito que aquí convenia una buena depleción sanguínea, y la casualidad nos la ha deparado. Cecilio, borrego mío, sangra, sangra sin miedo; te estás librando de una horrorosa congestión, y te estás librando gratis. Dale las gracias al señor, que te ha ahorrado tres pesetas de sanguijuelas.

hecho una lástima y me dejó tiritando. Encamaronme entre todos; me aplicaron á la nariz unos cuantos trapos con tintura de árnica, y así me quedé panza arriba, inmóvil, obligado á no hablar, á no toser, á no estornudar, á no reír (¡cómo si pudiera reírme en semejante situación!), por prescripción casi médica.

¡No fué poco lo que los amigos se divirtieron contemplando mi triste figura! Cada cual soltó su chiste; y aún el incipiente Hipócrates perdió la gravedad doctoral propia del caso, y me taladró los tímpanos cantando, no nada bien aquello del *Barbero*.

«Guarda don Bartolo

»sembra una estatua...»

como pude la historia de mis amores avileses y del último é inopinado reencuentro con la moza salmantina... por supuesto en secreto.

¡Ay! que el secreto era desconocido en semejantes asuntos entre los individuos de nuestra colonia pupilesca; y á otro día ya estaban todos enterados de lo que yo habría querido guardar en mi pecho bajo siete llaves.

(Se continuará.)

Barcelona: Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.

Reservados los derechos de propiedad literaria y artística.